

NEGROMONTE abandonó su asiento, y acercóse mas á Salazar y á Chirinos; los tres formaron un grupo enfrente de la vela, y sus sombras, creciendo hasta ser gigantescas, se encontraron tambien allá sobre las paredes del fondo, como tres fantasmas de la noche.

—En primer lugar,—dijo Negromonte,—necesitamos el valor para pensar, y valor para ejecutar; valor para el combate, sea este del carácter que fuere. Una vez que las gentes conozcan nuestras aspiraciones, ningun obstáculo debe detener nuestra marcha, porque nos esperan los silbidos del mal éxito y la venganza de nuestros enemigos. Y qué peor pudiera acontecernos, en pago de lo que se llama un crimen? los imbéciles, por frioleras suelen columpiarse en el palo con igual número de oscilaciones que los grandes hombres por maldades que estremecen al mundo. No mas que los primeros provocan á risa, y los segundos son mirados

con silenciosa veneracion, aun en el lecho del sepulcro. ¿Por qué no llegan á sus fines tantos hombres que aspiran á gobernar las naciones? Observad bien y vereis que algun escrúpulo, algun afecto, alguna ruin consideracion de lo que llaman leyes del honor ó de la conciencia, es precisamente lo que causa la eterna perdicion de esos seres mezquinos. Vereis, además, que pierden no solo la fortuna, el puesto y la vida, sino el honor, porque pasan por inhábiles; el afecto, porque están arruinados; y su decantada conciencia, pues el que cae en la horca mofado y ultrajado por los mismos á quienes compadecia, se desespera, se arrepiente de haber sido humano, y muere maldiciendo esa moral que ni consuela al débil ni sirve á los fuertes sino para aniquilar el enérgico impulso que la fortuna les concede para conservarse. ¿Y qué os sucede á vosotros? y qué os detiene?..... y qué fin tendreis cuando Albornoz y Estrada, no bien seguros todavía, rompan con vuestros títulos esa amistad que os aparentan?

Gracias á Dios, teneis en la sombra de vuestro pasado el asunto aquel, que me dice no debo esperar de vosotros los pequeños escrúpulos que asaltan al vulgo en negocios de importancia.... Sabeis ya que por la senda que conduce al poder se atraviesan algunos arroyuelos de sangre: nada importa. Vayamos descalzándonos para pasarlos; podrá ser que alguno pierda el vado, se hunda, trague y quiera ahogarse; pero es peor volverse para tropezar con una fosa y caer en ella cubiertos por las piedras y los ultrajes del populacho. Necesitamos, para comenzar, cuatro víctimas.....

—Adelante!—dijo Chirinos.

—Nombradlas,—añadió el veedor.

—Son tres hombres y una mujer.....

—Los hombres?.....

—Uno, Alvaro Manrique: ese os toca á vosotros; yo diré el modo. El otro, Rodrigo de Paz.....

—Oh! es imposible.....—murmuró Salazar.

—Y el otro?—preguntó Chirinos.

—Tetzahuitl.....

—Ah! yo le tengo en mi poder!

—Sí?

—Le tengo en un calabozo de la fortaleza..... está seguro.

—Pues vais á soltarle.

—A soltarle!

—Sí.

—Bien; y la mujer, quién es?

—Isabel Dorantes.

—Ah!....

Un golpe eléctrico fué lo que el factor sintió al escuchar este nombre, y el resplandor pálido y frío de una lámpara sepulcral parece que alumbró su semblante.

—Esa me toca á mí,—añadió Negromonte.

—Y esa jóven..... es tan temible?—preguntó Salazar mientras Chirinos volvía de la sorpresa.

—Esa jóven..... no, no es temible..... pero necesitamos que su amante se manche con el crimen, y perezca á manos de la justicia. La muerte de Tetzahuitl nos servirá de mucho, y su crimen también.

—Quisiérais explicaros.....

—Conoceis á ese indio?

—Sí.....

—¿Sabeis que despues de Quauhtemoc no hay otro que tenga mas prestigio entre los indios?

—Sí.....

—¿Sabeis que esos indios, con la ausencia de D. Hernando, preparan silenciosamente el golpe que los hará dueños de su patria?

—Lo sé..... pero de una manera vaga.

—Pues vais á saberlo. Estrada y Albornoz meditan, como vosotros, deshacerse de D. Hernando y levantarse con el reino; pero mas hábiles ó mas osados que vosotros, echarán mano de un medio que pocos se atreverían á sospechar, y que, bien manejado, puede llevarlos al colmo de la ventura. Ese medio es muy simple: aliarse con los indios, armar á los menos terribles, hacerles creer que se combate por ellos, no en cambio del imperio, sino del dinero, para que den mucho y se levanten á combatir con el ardor de tan grata esperanza, como es el exterminio de los conquistadores y la posesion libre del Anáhuac. Despues, cuando los indios ya triunfantes den á sus aliados el abrazo de paz.....

—Comprendo.

—Bien.....

—¿Y esa alianza..... es ya efectiva?

—No, pero está próxima..... Ha cuatro dias fuí conducido al centro de un palacio que el rey Netzahuatl Coyotl hizo construir debajo de tierra. Yo soy el único español que conoce la entrada, y pude presenciar escondido lo que voy á contaros. Era una asamblea numerosa de guerreros desconocidos. Allí se trataba de saber si seria conveniente mancomunarse con Estrada para combatir á D. Hernando. Tratábase de comprar esta alianza con un valor proporcionado á la grandeza del servicio, y las propuestas eran deslumbrantes. Millares de barras de oro y plata para cada

uno de los soldados; las jóvenes mas encantadoras para que les sirviesen de mancebas; para esclavos, la raza entera de los tlaxcaltecas; y para hogares, los sitios mas saludables, mas fértiles y mas pintorescos de la América.

Hubo algunos que se opusieron, pretestando la conocida perfidia de los españoles; pero quedaron convencidos por la elocuencia de Temachtí, que en un lacónico discurso mostró la vanidad de semejantes sospechas, y los medios que tenia dispuestos para contrarestar una traicion, en caso de que aventuraran realizarla.

Siguióse una disputa sobre los personajes mas idóneos para ser instrumentos de la rebelion. Zuazo por una parte, y vos y Chirinos por la otra, oscilaron en la balanza, y el primero fué desechado como amigo de Cortés y hombre de genio mezquino para la política. Despues volvísteis vosotros á ser pesados con Albornoz y Estrada. Temachtí puso su palabra sobre un platillo, y entonces fuísteis desechados por el voto unánime de los caciques.

Se ha escogido al hombre que debe atreverse á proponer á Estrada las condiciones y el contrato. La vuelta de Tlahuac, que marchó como aliado entre las filas de Cortés para salvar á Quauhtemoc, es lo que los detiene. Porque la muerte ó la vida de ese príncipe decidirá la cuestion sobre el nombramiento de Tetzahuitl para sucederle en el trono.

—¿Queréis concluir?..... os lo ruego,—dijo Chirinos con ademán suplicante.

—Voy á obedeceros; pero decidme antes qué haremos para que Temachtí prefiera nuestra alianza?.....

Largo rato meditaron Salazar y Chirinos ante la sonrisa desdeñosa de Negromonte, hasta que el veedor, reconociendo su propia ignorancia, se resolvió á decir:

—No atino; apenas conjeturo sobre lo que tratais de proponernos.

Chirinos añadió esto, que no era del caso.

—Bien; supuesto que todo lo sabemos, podríamos perder á los gobernadores..... denunciándolos.

—Probadlo,—replicó Negromonte.

—A ver, hablad, porque todo eso no pasa de quimeras,—dijo Salazar.

—Hablad, pero pronto;—exclamó Chirinos.

—Hemos llegado al término,—dijo Negromonte.—No hay mas que un medio: hacer que esos hombres inferan una grave ofensa á los caciques.

—Comienzo á sospechar..... pero seguid, seguid.....

—Es preciso que den garrote al príncipe azteca.

—Ya lo habíais dicho..... falta.....

—Existe un hombre, Mendoza, á quien Estrada mira con el afecto de un padre á su hijo. (Hay aquí otra larga historia que referiré cuando sea tiempo.) Mendoza es galan antiguo de Isabel la joven; se mantiene inexorable á los ruegos, pero no por eso rehusa la amistad del joven, y ambos suelen pasar algunas horas conversando sobre cosas indiferentes, no sin que Mendoza se aproveche de la oportunidad para recordar á la Dorantes lo que sufre por ella.

Nadie ignora ya que la negra melancolía, que la lividez y demacracion del rostro de Mendoza, son el efecto de un amor constantemente despreciado; tampoco nadie ignora que el joven protegido de Estrada debe su puesto de capitán, sus indios y sus doblones, á un carácter de esos que, os dije, son un tesoro para los hombres públicos.

—Es cierto—dijo Salazar mientras Chirinos parecia beber con los ojos cada palabra de Negromonte.

—Oid la conclusion,—añadió este:—Mendoza verá un día á la Dorantes, le hablará de su amor; la jóven, como siempre, responderá excusándose. Mendoza, como acostumbra, se retirará amostazado. A otro dia la jóven perecerá bajo el puñal de un asesino..... ¿Qué teneis?

—Nada..... proseguí,—respondió Chirinos, á quien era dirigida esa última pregunta.

—El asesino,—continuó Negromonte,—pronunciará ciertas palabras que serán oidas por alguno y bastarán para arrojar las sospechas sobre Mendoza..... ¿Vais comprendiendo, Salazar?

—Sí.

—Despues Tetzahuitl sabrá lo que hace con Mendoza; Estrada sabe lo que debe hacer con Tetzahuitl; los indios saben lo que harán con Estrada, y nosotros sabemos lo que debemos hacer con los indios, y negocio concluido.

—Diablo!—dijo Chirinos;—no careceis de astucia..... pero, á todo tirar, sois un pícaro.

—Acepto. ¿Y qué decís vos, Salazar?

—Yo.....

—¿Os pone miedo la aventura?

—No tal. Está tomada mi resolucion; pero..... quisiera conocer la del Sr. Chirinos.

—Ah! yo tambien,—dijo este;— pero falta deciros..... sabedlo de una vez: amo á esa jóven.....

—Y no quereis que muera?—preguntó Negromonte, cuyo rostro se hizo sombrío.

—Oh!..... me preguntais.....

—Quereis que viva?.....

—Esperad..... es preciso que muera?.....

—O morís vos.....

—Decís la verdad?....—exclamó Peralmindes.—Ah!.... pues bien,—añadió casi lloroso,—quiero morir..... pero ella..... salvadla!.....os lo ruego!....

El factor tendió la mano á Negromonte; pero este retiró la suya con violencia, irguió su cabeza espantosa, y haciendo un gesto de repugnancia, dijo á Chirinos:

—Sois un miserable!

Despues, tomando su sombrero, se disponia á salir; pero Chirinos le detuvo.

—Apartáos!—dijo Negromonte;—no sois el hombre que yo busco.

—Vive Cristo! escuchadme!..... os probaré que.....

—Decidíos pronto.

—Estoy arreglado..... pero os pido un favor.....

—Hablad.

—Dadme un plazo.

—Cuántos dias?

—Seis..... tres..... dos!..... los que querais darme.

—Tendreis los que os concedan las circunstancias..... pero ¡ay de vos! si la dejais que sospeche.

—Os respondo con mi cabeza.

—Os tomo la palabra.

El factor se separó del grupo y tornó á su paseo, sin atender mas que á su pensamiento. El cabo de vela se habia consumido casi por completo. La flama, todavía serena, flotaba sobre una fuente de sebo derretido que se desbordaba inundando la palmatoria. Uno de esos insectos, comparados por los antiguos moralistas, á la juventud incauta que se deja seducir por el brillo de las falsas promesas, se agitaba en aquel charco hirviente, con las últimas convulsiones de la agonía. Si Salazar, en vez de contemplar la